para luchar por la democracia, sino la época en que fueron lo bastantes indolentes para consentir que se la traicionara. La democracia, en cuanto se entienda por ella un credo político jactancioso, gárrulo y que no pide sacrificios, ha muerto a manos de Hitler. La democracia, en lo que entraña como norma de conducta, como lucha ordenada a la creación de instituciones que acerquen al hombre a su antiguo ideal de "igualdad de derechos para todos y privilegios especiales para nadie", ni ha muerto aún, ni tiene necesariamente que morir.

Los hombres están aguardando dondequiera la señal que les anuncie que aquellos que creen en la libertad se hallan dispuestos a cerrar filas para enfrentárseles a los que propugnan la esclavitud. Si la revolución aparece triunfante, débese sólo a que nadie ha hecho todavía esa señal.

Los hombres están anhelando que se les depare una segunda ocasión de hacer que fructifique la libertad; de poner la libertad, al servicio de la decencia. Es América la que puede depararle a la humanidad esa ocasión.

Tomado de Selecciones del Reader's Digest
Noviembre de 1941. Tomo 3, Nº 12, página 55.

La tumba de los Médicis

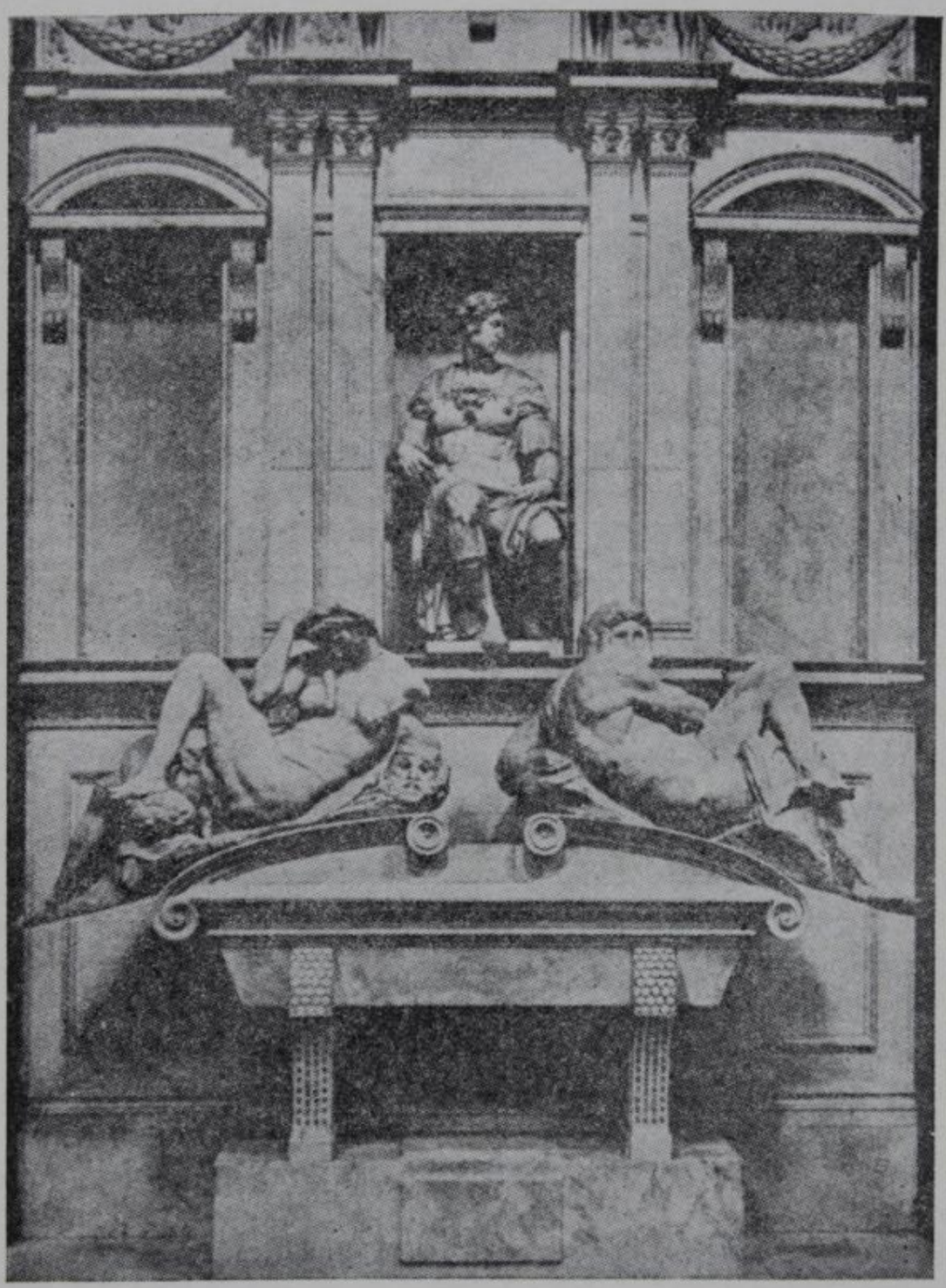
Por Berta María Feo

Tras los viejos muros de San Lorenzo se ocultan dos maravillas que encierran bellezas capaces de competir ventajosamente con las que se admiran en la *"Sala de Las Gemas"*, galería espléndida del *Palazo Degli Ufizi*. Si en esa sala se permanece en silencio porque no se encuentran términos suficientemente elevados para elogiar el *Pancracio*, célebre griego que representa la lucha de dos jóvenes desnudos, rival del *Laoconte* y la *Venus de Médicis*, llevada a Florencia por Cosme III, que tiene mucha semejanza con la *Venus Capitolina* de Roma, en San Lorenzo, antiquísima iglesia de arquitectura extraña, en forma de T, restaurada por Brunelleschi se siente hondo estupor en la *Capilla de los Príncipes*.

Salón octagonal, decorado con mármoles de colores ricamente combinados con mosaicos y bronces dorados, donde reposan las cenizas de los grandes duques de Toscana. Coronado por una cúpula circular, tapizada, así como los muros y el pavimento, del más precioso mármol verde incrustado de diaspro bellísimo, cuya dureza exige ser tallado con diamantes; de lapislázuli y pórfido, es un derroche imponderable de opulencia y gusto exquisito que raya en lo fantástico. La labor del Hércules de la arquitectura, brilla en cada detalle con tempestuosa inspiración, mostrando que los cinceles fueron sus instrumentos favoritos, y la regia esplendidez con que aquellos mercaderes enriquecidos por el comercio, al ceñir la principesca diadema supieron gastar sus colosales tesoros. Pero, es la Sacristía Nueva anexa a la Capilla, la que deslumbra, la que tiene la supremacía

en ese emporio del arte que se llama Florencia, y que a nada puede ser comparada por los dos túmulos que ocupan su interior.

De forma cuadrada, es obra exclusiva del León de las Artes, que imprimía las huellas de sus garras luminosas sobre las piedras acariciadas por su má-



La tumba de los Médicis

gico cincel. Diríase que se excedió a sí mismo al labrar el sepulcro de su protector y amigo. Se inunda uno de color y de luz al entrar en el recinto recamado sencillamente por una cenefa romana, como para atraer la atención entera del visitante hacía los dos mausoleos, rivales en belleza.

En el de la derecha aparece sentado el gran duque, vestido de romano. El codo apoyado en el brazo del sillón, la mano en el mentón con el índice ligeramente encorvado sobre el labio superior: es el más bello, el más grave pensa-

miento del artista, encarnado bajo la forma de un hombre pensativo, para figurar la profundidad de la meditación. El ánimo se siente irresistiblemente cautivado por ese mármol, al cual el genio supo imprimir el color de la carne y la luz del espíritu, tan exquisitamente, que, se puede decir, filtró en él gota a gota todos los manantiales de su alma y de su imaginación. Lorenzo de Médicis parece envuelto en un misterioso vislumbre de luces más altas y eternas, acercándose a la noche de la Vida y a los altares impenetrables del Pensamiento.

La impresión que causa esa figura, conocida con el nombre del *Pensativo,* en el mundo del arte, es imborrable. Tiene tal expresión de ensimismamiento, en su frente se refleja de tal modo la intensidad de la idea, que la vista no puede apartarse de ella, como si el delicado espíritu del artista nos llamara desde la eternidad para que contempláramos detenidamente la belleza indecible de esa estatua, donde la inspiración puso su aliento desplegando toda la fuerza, todo el vigor de su genio, a la vez que el afecto, y sus profundos conocimientos de la naturaleza humana.

La urna funeraria, estilo dórico, de malaquita, es una orfebrería con tan caprichosos dibujos que no es posible reparar en todos sus pormenores curiosamente cincelados, que le forman magnífica pasamanería en torno, y sobre la cual se reclinan dos estatuas: la *Aurora* y el *Crepúsculo.*

Digna representación de la hermosura femenina, la Aurora, carece de la armonía de la estatua griega, pero en cambio es la encarnación ideal de la estructura humana, con todos sus músculos, turgencias, fuerza y verdad.

En ese cuerpo de mujer joven está plasmado el ímpetu del brote, la potencia dominadora de la vida que despierta, llevando en la frente como una estela que se comunica al cuerpo, jaspeando el mármol con tintes de rosáseo cristal, cuya serena tranquilidad es mitad realidad y mitad sueño que se desvanece al aparecer las sombras. Hombre musculoso y lánguido, el *Crepúsculo,* refleja en su frente marchita el por qué de su cansancio; su mirada interroga en el desasosiego de la esperanza a la luz que se oculta en el largo transcurso del tiempo, cuando se ha llegado al borde de la muerte, y se busca a Dios en el fondo de los horizontes de la humanidad. Es un símbolo de tanto espíritu y carácter que se cree oírlo pensar que se adivina la vaguedad de sus pensamientos, que constituye por sí sólo una maravilla a pesar de la flojedad de sus miembros fatigados, ansiosos de reposo.

En el otro mausoleo, donde se presenta Julián II con todas las insignias del Generalato de los Estados de la Iglesia, se recuestan también, dos soberbias estatuas: *El Día* y *La Noche.* Asombra profundamente esa imagen de *La Noche,* obra reputada por perfecta, y el más brillante florón de la corona de luceros deslumbrantes que circunda la frente de ese genio pagano, entre cuyas esplendorosas irradiaciones pasa el vivificante soplo de la Fe... Ni el *Moisés,* ni el *Cupido Dormido,* ni ninguna otra de sus insuperables esculturas admiten parangón con ésta.

La *Noche,* está ligeramente sentada, inclinándose como agobiada por el sueño sobre la losa sepulcral del Gran Gonfalonero; con una pierna recogida y sobre el muslo descansa el brazo cuya mano sostiene la cabeza. Todo causa es-

tupor en esa magistral figura, intérprete perfecto de la belleza de la noche, solemne y sombría, que duerme positivamente; su aliento es tibio, de sus entreabiertos labios se escapa la acompasada respiración con tal verosimilitud, que uno se inclina inconscientemente para oírla respirar.

Su actitud de descanso, la expresión serena del rostro, el detallado estudio anatómico del cuerpo, las venas donde se percibe el correr de la sangre, han hecho calificarla de *divina,* pues ha dejado a las generaciones de artistas de todos los tiempos, estupefactos al contemplarla.

El *Día*, hace profundo contraste con esa airosa figura. Muy corpulento y robusto, en la plenitud de la existencia, parece que todo el mármol de la cabeza a los pies, reflejara la alegría de vivir; como si después de haber sondeado las profundidades del arcano experimentara doblemente el anhelo de aprisionar la Vida, y su imagen es un canto a la fuerza en reposo.

La faz augusta y enérgica da la impresión de la perenne frescura de la Naturaleza, y en cada línea de su recia musculatura se adivina la potencia del espíritu creador; es tan expresiva su fisonomía, tan natural y tan humana, que en ella se trasluce el gesto de toda la raza, donde un zarpazo del león florentino imprimió el pensamiento.

Serenidad y armonía constituyen el alma de la escultura, ambas cualidades descuellan regiamente en esos dos portentosos emblemas; en el *Día* germina la fuerza futura, sus miembros elásticos parecen dotados de movimiento, su actitud pregona la calma vigorosa de los campos dorados por el sol otoñal; pero es la *Noche,* la hija legítima del genio, nacida de la Tempestad, síntesis de la fuerza avasalladora, de la plenitud del númen.

Modelada, cuando las sombras empezaban a cubrir a la Atenas moderna, por el más glorioso de sus excelsos hijos, es preciso pensar en todos los dolores que atenacean el alma del ilustre florentino para comprender la hosca inspiración que se identificó con su pena al cincelar su inmortal obra. Perdida la libertad de su patria... la ruina de Roma... la vejez... el agotamiento de sus fuerzas... todo contribuyó a que el águila de las Artes, desplegara por postrera vez, antes de morir, sus formidables alas, al llegar la noche para Florencia como llega para las almas...

Nota bibliográfica

El Excmo. Señor Arzobispo de San José de Costa Rica Monseñor Sanabria y Martínez nos ha hecho el honor que mucho apreciamos, de obsequiarnos un ejemplar de su última producción histórica *"Bernardo Augusto Thiel, Segundo Obispo de Costa Rica"*, en un grueso volumen in 8°, elegantemente impreso. Es una obra de mucho mérito que viene a completar la trilogía de su gran labor histórica sobre la Sede Episcopal de Costa Rica y que supera en mucho en fondo, forma y documentación a las dos anteriores, al fin como de obrero ya convertido en Maestro y con plena posesión de la técnica de su arte. Empero esta obra que da la impresión de algo muy trabajado, hecho y rehecho varias veces, necesita una lectura paciente y cuidadosa como que no corresponde al mero concepto de una biografía del Prelado desaparecido, y en este sentido nos parece que está mal intitulada, y que su verdadero nombre debiera de ser *"La Iglesia Costarricense bajo el episcopado de Monseñor Thiel"*. De qué se trata en el fondo?, es una labor de biografía histórica pura y simplemente?, o es un ensayo de alta política eclesiástica? Merece, pues, la importantísima obra de Monseñor Sanabria y Martínez, no una sencilla nota, sino un estudio detenido y serio en varios artículos que si Dios quiere y las circunstancias lo permiten, haremos en números subsiguientes de esta Revista.